



LA FRONTERA

GEOGRAFIA POETICA DE CHILE

GEOGRAFIA POETICA DE CHILE

BANCO DEL ESTADO DE CHILE
DIRECCION DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS
EDITORIAL ANTARTICA

GEOGRAFIA POETICA DE CHILE

LA FRONTERA

GEOGRAFIA POETICA DE CHILE
LA FRONTERA

BANCO DEL ESTADO DE CHILE
Asesoría de Publicidad del Banco del Estado de Chile

DIRECCION DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS
Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional

Proyecto a cargo de Mario Andrés Salazar C.,
con la participación de Juan Camilo L. y
la investigación iconográfica de Sandra Acevedo L.

EDITORIAL ANTARTICA

Creación, edición y
dirección de arte:
Isabel Margarita Aguirre V.

Diseño, producción, diagramación y confección de originales:

Ana María Costa C.
Carmen Julia Aguirre V.
Claudio Torres A.
Angela Arriaza V.

Fotografías:

Pedro Aros Ansieta, Patricio Baeza, Osvaldo Briceño, John Carl Caruana, Pilar Cereceda, Andrés Contreras, Andrés Figueroa, Bión González,
Alex Huber, Mario Infante, Valeria Maino, Juan Domingo Marinello, Juan Meza-Lopehandía, Nicolás Piwonka, Enrique Rivera, Pablo Valenzuela, Horst Von Imer,
Sala José Toribio Medina y Sección Chilena de la Biblioteca Nacional, Archivo Editorial Antártica.

Fotomecánica y Post Script:

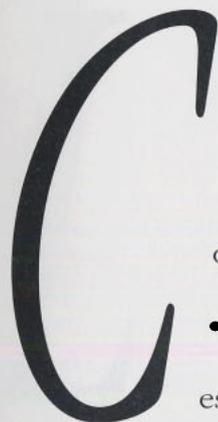
Photo Lettering Chile

Impresión:

Editorial Antártica S.A.

© Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos.

Inscripción Nº 94.720 del año 1995. I.S.B.N.: 956-234-031-7. Derechos Reservados para todos los países. Primera Edición: 1995. Santiago de Chile.



Continuando nuestro itinerario, presentamos el V tomo de «Geografía Poética de Chile», referido en esta oportunidad a la Frontera.

- Hemos escogido este título porque nos permite una visión más profunda e histórica de la Región de la Araucanía. Sus orígenes están enraizados en la Conquista de Chile y sus límites geográficos se han definido entre los ríos Toltén, por el sur, y Biobío, por el norte.
- Esta Región nos ha permitido antologar ocho Premios Nacionales, de lo que podemos deducir la riqueza y variedad literaria que despierta este territorio en nuestra literatura.
- Las voces literarias seleccionadas inician este recorrido geográfico con Alonso de Ercilla, quien magistralmente describe nuestra geografía física y humana. Continúa con otros cronistas españoles y chilenos, llegando hasta la literatura actual e incluyendo a nuestros propios poetas mapuches.
- La colección de libros que iniciáramos con el Norte Grande, en el año 1991, ha sido destacada por la crítica como una atractiva invitación a la lectura, al aunar textos literarios e imágenes de singular belleza. Así, la variedad de nuestra geografía se ve recreada en la poesía de la palabra y la imagen.
- Una vez más el Banco del Estado de Chile -conocedor de su rol cultural- junto a la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, ven con profunda satisfacción su aporte a la difusión de nuestro patrimonio cultural.

Andrés Sanfuentes Vergara

Presidente, Banco del Estado de Chile

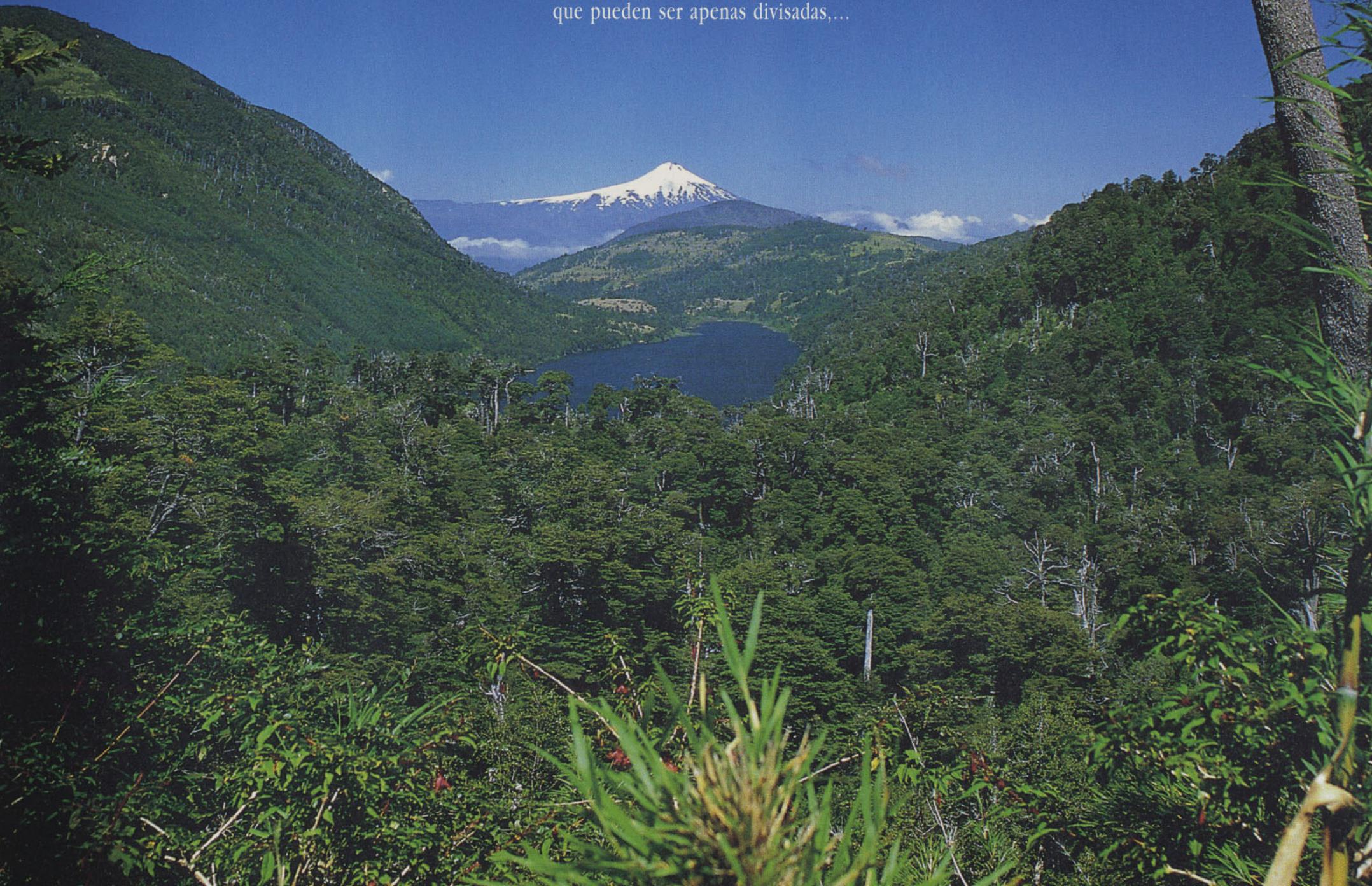
La «Geografía Poética de Chile» sigue su recorrido de versos y palabras mágicas que nacen de norte a sur del país, en un viaje sostenido que hoy nos sitúa en la creación surgida desde la Frontera. Esa zona territorial del sur de Chile —ubicada entre los ríos Biobío y Toltén— que nos enfrenta a nuestras raíces y a una identidad a veces no asumida y de la cual debiéramos enorgullecernos.

• Poesía de la Frontera, nuestro quinto tomo, nos trae el sur exorcizado en las plumas de Pablo Neruda, Jorge Teillier, Juvencio Valle o Gonzalo Rojas, entre otras voces ricas y valiosas. Y a la vez nos lleva a la tierra de los mapuches en un viaje emprendido hacia los orígenes y recreado en el talento y vigor de figuras como Elicura Chihuailaf o Leonel Lienlaf. • El sur poético de Chile resiste en la Frontera como porfiada memoria cultural que se instala en la diversidad. Una diversidad que aporta, interpela y enriquece, constituyéndose en sustancia de nuestro patrimonio cultural. • Una vez más mis agradecimientos al Banco del Estado de Chile y a su Presidente, Andrés Sanfuentes, por esta alianza con la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la tarea común de rescatar y difundir la geografía del alma de Chile.

Marta Cruz-Coke de Lagos

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos

Ves las manchas de tierras, tan cubiertas
que pueden ser apenas divisadas,...





son las que nunca han sido descubiertas,
ni de extranjeros piés jamás pisadas;
las cuales estarán siempre encubiertas,
y de aquellos celajes ocupadas,
hasta que Dios permita que parezcan,
porque mas sus secretos se engrandezcan.

Alonso de Ercilla – Año 1559



POR DIOSES, COMO DIXE, ERAN TENIDOS

Por dioses, como dixे, eran tenidos
de los Indios los nuestros; pero olieron
que de muger y hombre eran nacidos,
y todas sus flaquezas entendieron
viéndolos a miserias sometidos
el error ignorante conocieron,
ardiendo en viva rabia avergonzados
por verse de mortales conquistados.



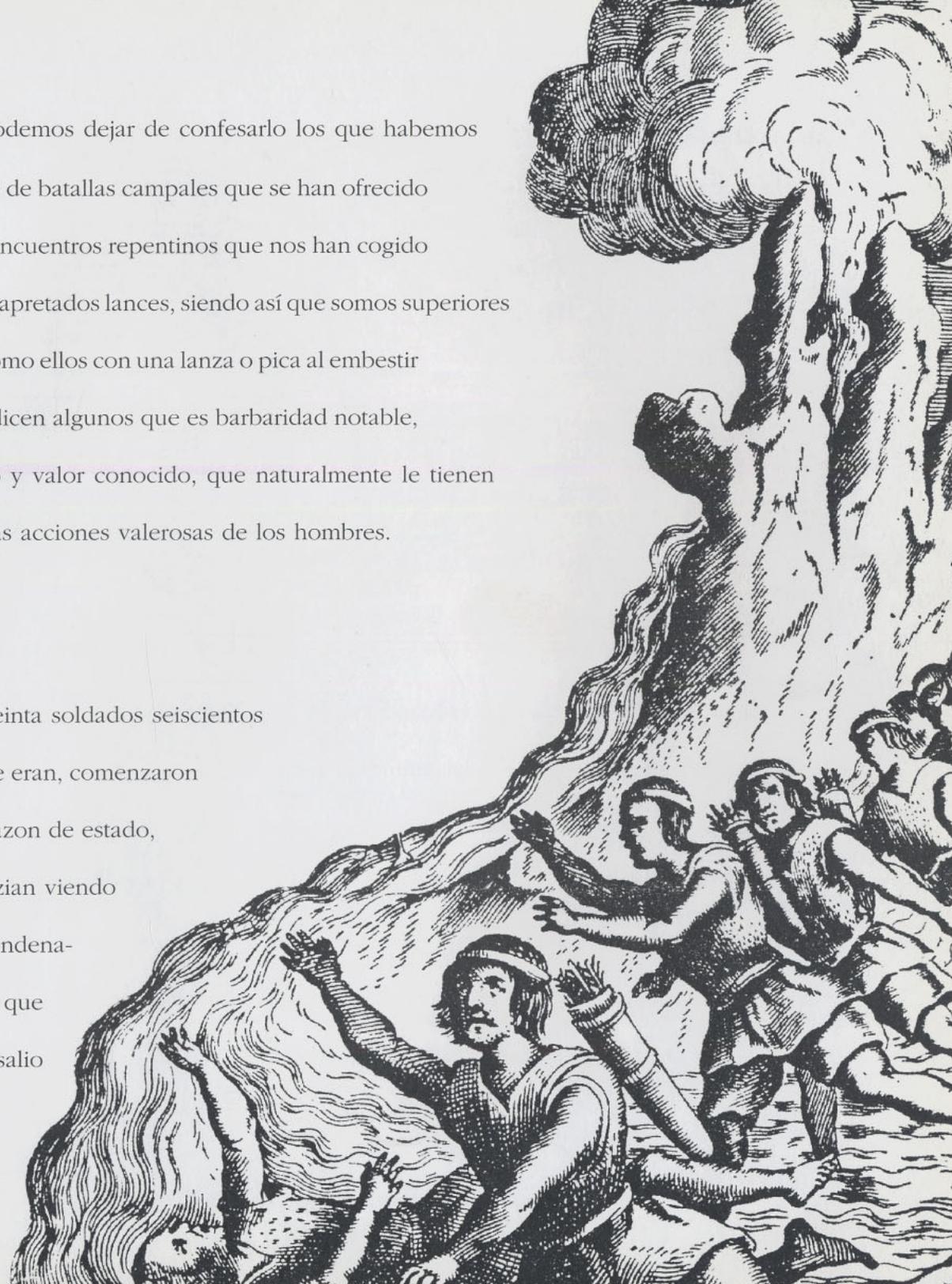
Más levantado y más soberbio estaba
Y más mostrar al mundo procuraba
La fuerza de su brazo vigoroso;
Cuando más arrogante y orgulloso
La dura tierra el Bárbaro hollaba,
Con muestra tan gallarda y tal denuedo
Que al ánimo español causaba miedo.

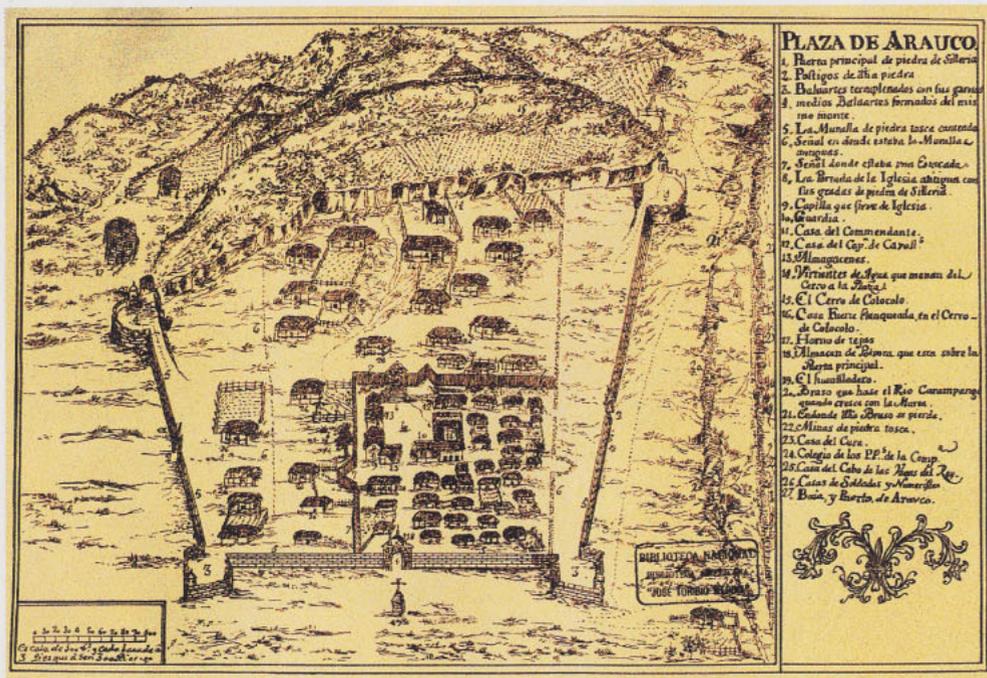
Porque negar que es gente belicosa y de valor natura, no podemos dejar de confesarlo los que habemos experimentado sus arrestos y resoluciones en diversas ocasiones de batallas campales que se han ofrecido con nosotros, que podré asegurar de verdad, que en algunos reencuentros repentinos que nos han cogido sin prevención alguna, nos han puesto en conocidos riesgos y en apretados lances, siendo así que somos superiores a sus armas; que yo le doy al más atrevido y esforzado ponerse como ellos con una lanza o pica al embestir con un escuadrón de arcabuceros y mosqueteros, que aunque dicen algunos que es barbaridad notable, no me podrán negar que es acompañada con osado denuedo y valor conocido, que naturalmente le tienen algunos, si no todos, que no pueden ser iguales ni comunes las acciones valerosas de los hombres.

Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán

Entro en fin en Arauco el gobernador con sus docientos y treinta soldados seiscientos amigos, y los sesenta del castillo, y ostentandose mas de los, que eran, comenzaron a talar los campos, y a poner terror al enemigo, el qual o por razon de estado, o ya por las plagas, y lastimas que los Indios labradores le hazian viendo quemar cada año sus sembrados, y que estaban con la guerra condenados a perpetua ambre, y a sembrar para coger ceniza del grano, que encomendaban a la tierra, y fertil se le voluia multiplicado, le salio a dar la paz entre los esteros de Quiapo y Melirupu.

Diego de Rosales





Lo primero digo, que deben quedar antepuestos los fuertes a nuestras poblaciones y tierras de indios amigos, de tal manera, que no estén demasiadamente adelantados dellas, para que con más facilidad puedan ser bastecidos y amunicionados y quedar todo defendido debajo de su vecina protección y amparo...

La materia de que serán los fuertes, será bien que al principio sea de palizada, como son los más de aquel reino para que se abrevie, y esto será como de prestado para tomar la posesión de los puestos, por ser obra más facil y breve, que después con el tiempo se podrán cercar de tapias y cubrir de teja, por lo que toca a

los arrojádizos fuegos, pues al fin con cuan achacosos són, son más fuertes y durables los de tapias, que los de corruptibles palos, como se ha visto por los muchos años que ya dije se ha defendido y conservado el fuerte de Arauco, por ser de tapias.

Y los fuertes que no se pudieren acabar de fundar el primer año, según se hubiere determinado, se podrán acabar en el segundo; pues para el guarnecerlos ha de haber harta gente en lo que al presente hay españoles, considerando que no ha de haber otra cosa en todo aquel reino en que emplearla, la cual siempre se aumentará y lucirá con nuevos aventureros por las razones que adelante muestro. Y finalmente digo, que este es el único y especial remedio que se puede poner, así para que quede cierta esperanza de que se verá acabada aquella conquista, como para poner el necesario reparo de que tiene tanta necesidad lo que ha quedado en aquel reino por nuestro. Resta ahora decir la seguridad conque estará la frontera durante su fábrica.



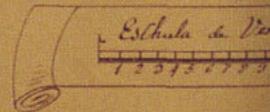
Con esto me vuelvo a los araucanos, que los considero ya convocándose en sus juntas y tratando en ellas de sacudir el yugo y volver a hacerse dueños de lo que era suyo. Es así que como se desengañaron que sus fuerzas no eran desiguales a las de los españoles, se comenzaron a convocar los caciques, los cuales hubieron menester pocas pagas para levantar cada cual su jente, porque el amor de la propia libertad y de sus hijos les solicitaba y ponía espuelas, pareciéndoles ya años los días miétras no llegaban a las manos con sus contrarios y los vencian. Los caciques que se juntaron fueron los siguientes: el primero Tucapel, gran carnicero de cristianos, con tres mil soldados; Angol, que era muy valiente, con cuatro mil; Cayocupil con tres mil que trujo de la cordillera hechos al trabajo y duros como sus peñas; Millarapue era viejo de buen consejo, y vino con cinco mil; Paicaví con tres mil; Lemolemo con seis mil; Mareguano, Gualemo y Levopie, cada uno con tres mil; el robusto Elicura, tenido por uno de los mas fuertes, con seis mil; y el anciano y presidente Colocolo con otros tantos; Ongolmo ofreció cuatro mil, y seis mil Puren; Lincoya, que era de altura de



NOTA.

Los lugares señalados
en amarillo, son los del
nuevo establecimiento; los
de color de negro, son los
antiguos, y los que tienen
borado al canto son
en que al presentarse
se trabaja por
hacerlos
mejores.

- 1.a. St. Barbara
- 2.a. Nuestra S.ª de los Colonos.
- 3.a. Nacimiento
- 4.a. S.ª Rafael
- 5.a. S.ª J.ª Battista
- 6.a. S.ª Carlos



jigante, se profirió a dar mas jente que ninguno; Peteguelen, señor del valle de Arauco, de donde tomó el nombre el estado, acudió con seis mil; y el famoso Caupolican y sus dos vecinos Thome y Andalican y otros muchos, estuvieron prestos a concurrir cada uno con sus vasallos, ofreciéndose todos a la empresa con grande ánimo, esfuerzo y valentía. Juntáronse, como suelen, para el día y en el puesto señalado a comer y beber, que es el primer presupuesto mescusable en estas juntas...

Muchos casos se ven en las historias, que dan suficiente fundamento a esta admiracion; y no le dá ménos el famoso caudillo y jeneral del araucano ejército Caupolican, varon verdaderamente grande y de tanta estimacion entre los indios, que en la junta de diez y seis caciques, soberanos señores, que concurrieron para levantar cabeza del ejército que se hacia contra el español, fué electo por su caudillo, sujetándosele todos los demas. Este fué el que con el ardid de los ochenta soldados ganó el castillo de Arauco y venció al español en la sangrienta batalla que tuvo con él fuera de sus murallas. Este, el que esperando en campaña rasa al gobernador Pedro de Valdivia con su ejército, no solo le desbarató, pero le dió una rota tal que no quedó español vivo, habiendo peleado como unos Héctores y hecho en esta batalla hazañosos prodijios. Este, el que desmanteló a Puren y hizo el famoso saco en la ciudad de Penco, no dejándola piedra sobre piedra, habiendo ántes con sola la fama y nueva de su venida obligado a los españoles que desamparasen la ciudad y se la dejasen libre a su disposicion. Este, el que tantas veces se opuso al español, tantas le acometió y presentó batallas en que salió vencedor y triunfante, o por lo ménos dió muestras de su valentía y gran valor, sin volver jamás el pié atrás por cobardía, valiéndose de su militar prudencia para disponer como capitan su ejército, y meneando las manos en la ocasion con no ménos aliento y osadía que el mas arriscado soldado de los suyos.





Son las mugeres de Chile tan fuertes; y varoniles que tal vez, quando importa y ay falta de hombres, toman las armas, y convocan, y capitanean a los indios, para la guerra. Y yo soy buen testigo: que estando sercado en el fuerte de Boroa con los soldados Españoles, en el alzamiento general del año de 1655, llebó una muger de la Imperial todos los indios de aquella Prouincia capitaneandolos, y offreciendose a ganar por fuerza de armas el fuerte de los Españoles, y dio la traza y modo como se auia de ganar: pero no les salio bien, que Dios nos guardo...

Quando en la guerra matan a algun general, o persona de importancia, i le cortan la cabeza, le toca el guardarla al Toqui general, como pressa de grande estima, y que passa de padres a hijos como vinculo de mayorazgo, y en las ocasiones de guerra, o de alzamientos la saca como estandarte Real, que quitaron al enemigo, y para animar a todos sus soldados y pruocarlos a la guerra con la ezperanza de coger otra cabeza semexante,

y con el exemplo de sus antepasados, que ganaron aquella. Guardan el casco despues de averle pelado y descarnado en agua caliente y en las borracheras de mucho concurso le sacan para beber en el por grandeza, de suerte que solamente los caciques, y las personas graues beben, por honra, que se les haze, en la cabeza. Que llaman *Rali-lonco* que quiere dezir vaso de cabeza, en el cual no bebe jamas la gente vulgar...

No hazen las casas juntas ni en forma de Pueblo: que de esto uyen con grande extremo, por temor de los echizeros, que dizen, que en estando juntos en Pueblos los acaban mas apriesa; y assi mismo los Españoles los allan mas juntos para hazerlos la guerra, por lo qual cada uno haze su casa en la montaña para tener en ella su guarida y defensa. Y esta es una de las dificultades, que ay para conquistarlos. Y la mayor que hay para



doctrinar los que estan de paz, porque los predicadores no los hallan en pueblos, ni en ciudades, ni los pueden juntar, sino que an de andar de casa en casa, y de quebrada en quebrada predicandoles. En las tierras de paz, que ha mucho que se conquistaron, como Santiago, auia algunos indios reducidos a pueblos, y esos poco a poco se an ido acabando...

El vestido de las mugeres entre los indios de guerra, y los de paz es al modo de el de los hombres, y solo se

diferencia en los calzones, y en el cabello largo de las mugeres (...) Para las fiestas se ponen algunas una *lliella*, que pende por las espaldas, y por los dos extremos la prenden en el pecho con un punzon, sin mas galas, ni usos nuevos, ni ser costosas a los maridos, aun en esto poco, que visten, que ellas mismas lo hazen y texen: y sino, no se lo ponen, que el marido no se obliga a darlas de vestir: antes

ellas estan obligadas a vestir al marido.

El adorno y joyas de las mugeres, son las *llancas*, que como emos dicho son unas piedras toscas verdes, que agugerean por medio, y las ensartan, y a uezes las cosen en un pedazo de paño, o carton en forma de media luna, y se le ponen en el pecho. Y para el trenzado unas cintas que hazen de caracolitos del mar blancos, muy pequeños que paresen quantas de abalorio. Y llaman en su lengua *Cucham*. Y en las orejas muchos zarzillos y patenas cuadradas, que llaman *upul* de metal de vacinica, o de plata, y cobre y suelen traer tantas, que las rompen las orejas. Y no tienen mas gala ni adorno las mugeres de Chile.



La Frontera es un solo inmenso bosque de perenne verdor.

Trepa cerros y montañas, sube hasta media falda de cordilleras y volcanes, baja a los llanos y besa las márgenes espejeantes de los lagos.

Fernando Santiván

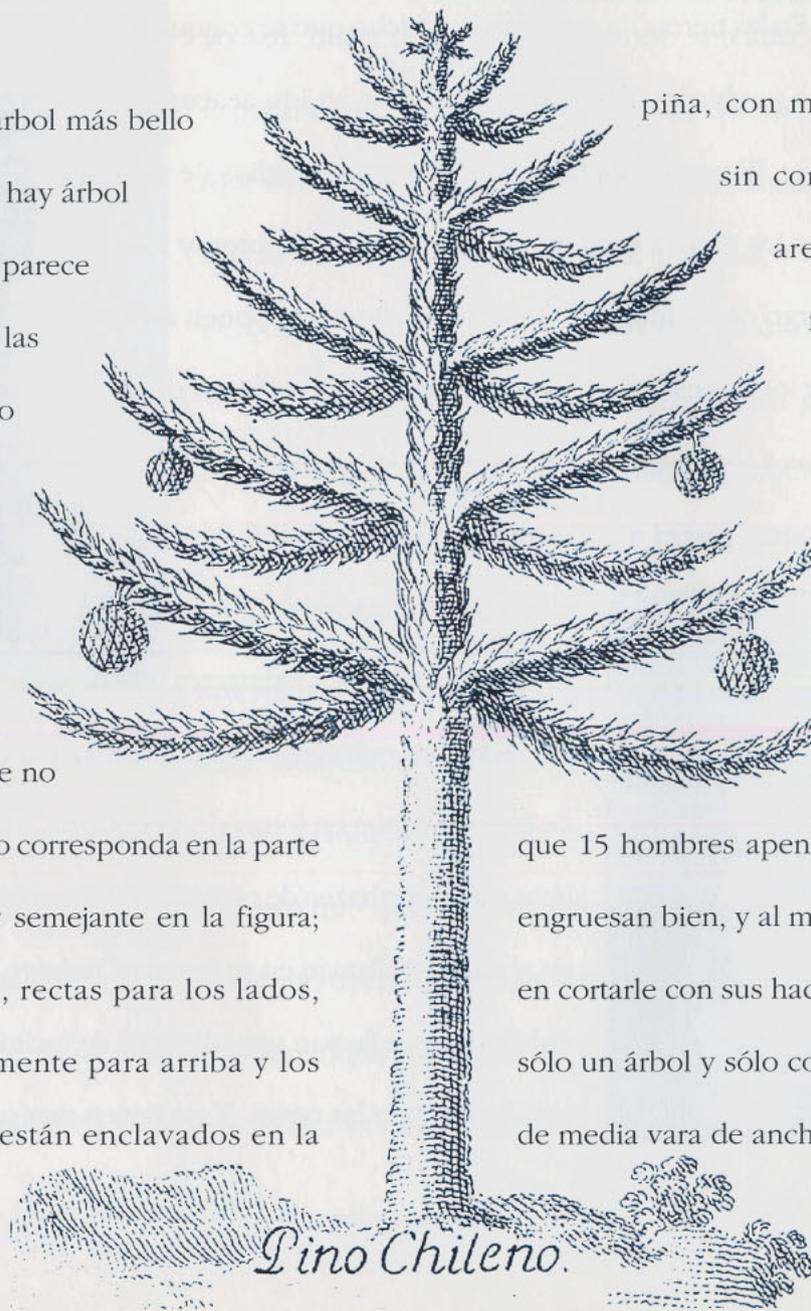
El pino, particular de esta tierra, es el árbol más bello que se ha visto: su altura es tanto que no hay árbol que lo exceda, el tronco tan derecho que parece hecho a plomo, el grueso muy redondo, las ramas en mucha elevación, y el agregado de ellas remata en la copa en figura cónica, las hojas son de verde muy vivo, largas, puntiagudas y ásperas al tacto, las ramas del árbol y las hojas están colocadas en tal simetría, que no discrepa una de otra, ni hay alguna que no corresponda en la parte contrapuesta, otra igual en el tamaño y semejante en la figura; todas las ramas aunque salen del tronco, rectas para los lados, en las puntas se encorvan moderadamente para arriba y los piñones largos en sus vainitas largas están enclavados en la

piña, con mantenimiento sólido y agradable; dura sin corromperse un año guardado debajo de arenas y los indios hacen de él, bebidas fuertes que embriagan poderosamente.

Miguel de Olivares

Descuella sobre todo el bosque, (*alerce*) sobre todo desde el tronco liso hasta lo alto, que se divide en ramas vestidas de menudas y perpetuamente verdes hojas. Engruesa tanto

que 15 hombres apenas pueden abrazar un árbol de estos, que engruesan bien, y al mismo tiempo suelen trabajar doce hombres en cortarle con sus hachas, sin estorbarse los unos a los otros. De sólo un árbol y sólo con hacha y cuña pueden sacarse 600 tablas de media vara de ancho y cinco de largo, y con sierra, mil tablas.



Pino Chileno.

Y estos bosques han sido las más inexpugnables fortalezas de los indios porque en ellos se meten cuando los van a buscar los españoles...

Diego de Rosales

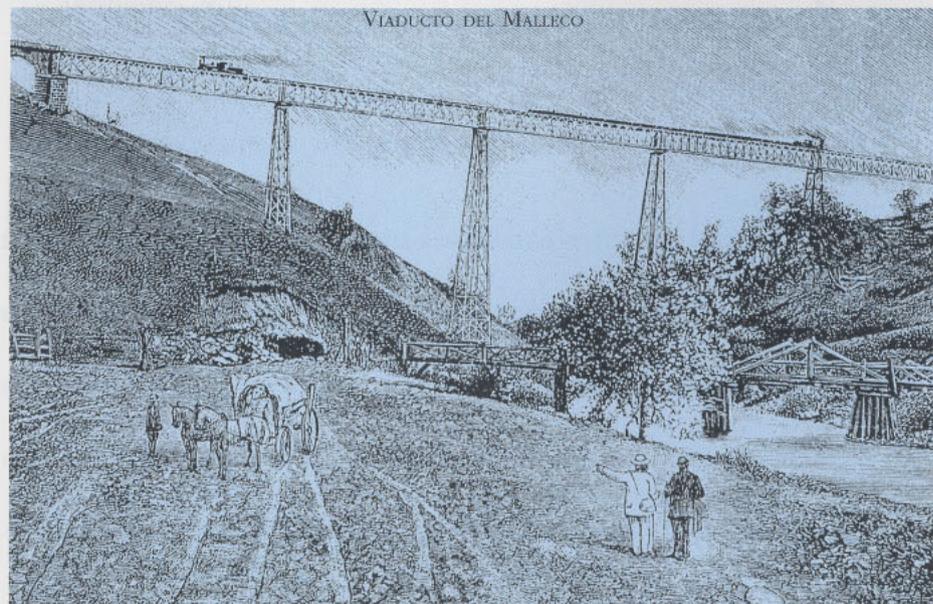
Un sordo fragor de huracán que se avecina se oyó a la distancia. Una conmoción desconocida palpitó en el ámbito. Hasta que de pronto asomó un monstruo negro que traía un enorme ojo luminoso. Jadeando, avanzaba lento, iluminando los grandes árboles con llameante resplandor. (...) Después avanzó de nuevo, con poderoso resoplar, penetrando la selva con su luz. Internándose más y más en la vegetal entraña de la Frontera.

Luis Durand

El río Malleco corre como torrente al pie de la ciudad en un valle ancho y profundo, donde se construye un puente para la prolongación del ferrocarril hacia el sur.

Este puente es una obra grandiosa. De cuatrocientos metros de largo, reposará sobre columnas metálicas, de las cuales una tiene cerca de cien metros de alto...

Más allá del futuro puente, el ferrocarril a Victoria está en construcción; los materiales son transportados en innumerables carretas de bueyes al otro lado del valle.



Gustave Verniory



Lo difícil que era ganar algunos pesos en aquel entonces se desprende de lo siguiente: yo había tenido una gran cosecha de arvejas y porotos en el año 1886 y verdaderamente no sabía cómo convertirla en dinero, pues aquí todos habían cosechado bastante. Por casualidad vino un señor de Los Sauces y ofreció sólo \$1,75 por el saco de 100 kilos de arvejas puesto en Los Sauces. Por el mal estado de los caminos se podía cargar la carreta con un máximo de seis sacos y el viaje se podía hacer en cuatro días y sus correspondientes noches. ¿Qué se pagaba

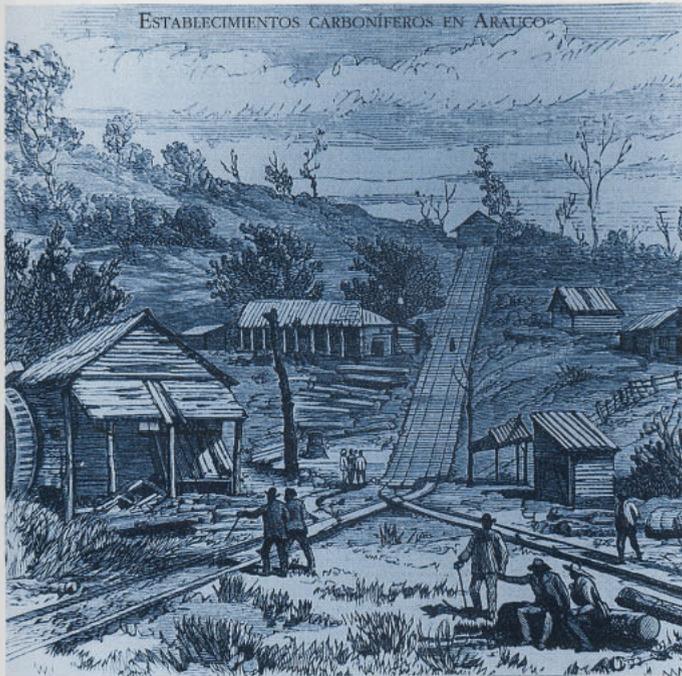
realmente... el flete o las arvejas? Yo también llevaba carga con yuntas propias para otros colonos y recibía \$5 por el transporte de seis sacos de papas o porotos hasta Traiguén en cinco días de camino. En aquel tiempo costaba aquí en Contulmo una docena de huevos 15 a 20 centavos, una gallina gorda 40 centavos y una libra de mantequilla 40 centavos.

Albert Meyer

“Al alba del viernes desde Los Sauces se ordenó la partida para la «Nueva Italia», era un espectáculo imponente ver la gran fila de 145 carretas con vigorosos bueyes, en gran parte de la Empresa i de los colonos llegados el año anterior. La bellísima y original caravana era acompañada i dirigida por los Gendarmes de la Colonia i sus oficiales... Muchos de los viejos colonos i de los más jóvenes se encontraron con sus conocidos lo que resultó un encuentro conmovedor”.

Juan Contreras Batarce y Gino Venturelli Abad





Hernán Trizano, corriendo de día y de noche, afinaba el pulso para terminar con los “infames”, esos tipos tristes y violentos que sentían algo de los jinetes en el cielo de una canción. La carabina era la prolongación de su brazo, y a éste continuaba un cuerpo hecho a las voluntades y al poder del disparo y del lazo. El seguimiento de sus hombres -los que lo acompañaban y los que iban a morir- se iba haciendo por los viejos caminos rurales, en medio del resplandor de los aromos; y los cuerpos de los cuatreros iban rodando a los ríos (al Toltén, al Cautín, al Imperial). A veces, en la pausa, sonaba una canción: “La tarde era triste, la nieve caía”, y se recordaba a una niña soñolienta, que podía llamarse Gretchen, Assunta o María. Entonces, el vino fuerte como una bota de gigante comenzaba a preparar un orden de vigüela y charqui. Al día siguiente, en la toltería que era el Temuco de fin de siglo, los colonos se iban hacia la Plaza del Manzano para

entonar, en tres o cuatro idiomas, un “¡viva!”, que era la paletada final a la tierra de los muertos. Más tarde, comenzaba a llover, y el cordero, tras haberse “oreado” al “sereno”, enviaba el ñachi o el apol; surgían fuentes de digüeños; las naranjas eran más hermosas que la luna pálida de ciertos días.

Alfonso Calderón

Angol era un oasis de árboles y frutas después de los lomajes ardidos de sol de Traiguén, en donde las sementeras rendían hasta el ochenta por uno. El viajero sólo encontraba, allá en Traiguén y Galvarino, ríos de trigo. La tierra daba cien granos por uno que se sembrara, pero no había frutas, fuera de las manzanas, las ciruelas y las peras, que crecían silvestres cerca de los fortines y no alcanzaban a madurar, arrasadas por la voracidad de los chiquillos ansiosos de chupar algo fresco, cuando en el monte no encontraban chupones o cóguiles de pulpa de miel, que con sus densas sustancias vegetales les quemaban la boca, causándoles pequeñas llagas y granos difíciles de curar.

Luis Durand

MI PUEBLO ES TAN PEQUEÑO BAJO LA LLUVIA INMENSA

MI PUEBLO ES TAN PEQUEÑO BAJO LA LLUVIA INMENSA,
TAN PEQUEÑAS SUS CALLES, TAN PEQUEÑAS SUS CASAS,
ALLÍ DONDE EL INVIERNO PONE SU PIE DE FRÍO
ESTÁ MI VIEJA CASA PINTADA POR EL TIEMPO.



Ay, mi Chile del Sur, cómo se mojan
tus enormes barracas de madera;
junto a su dura lámpara salada
cómo se moja el corazón del indio.
Lágrima, anís, vinagre, ajeno, hielo,
bajo tu Cruz del Sur, cómo se mojan
los muertos cementerios, las callampas,
los pájaros polares y las bestias.

Ay, mi Chile letal, cómo resuenan
de Norte a Sur tus tablas coloradas,
tus aserrines rojos, tus virutas,
tus astillas de débil consonancia.
Cómo zumban las pálidas bombillas,
los bastones con órganos sonoros
y los humosos árboles con flautas.

Juvencio Valle





Veo un río veloz brillar como un cuchillo, partir
mi Lebu en dos mitades de fragancia, lo escucho,
lo huelo, lo acaricio, lo recorro en un beso de niño como
entonces,
cuando el viento y la lluvia me mecían, lo siento
como una arteria más entre mis sienes y mi almohada.

Es él. Está lloviendo.

Es él. Mi padre viene mojado. Es un olor
a caballo mojado. Es Juan Antonio Rojas sobre un caballo
atravesando un río.

No hay novedad. La noche torrencial se derrumba
como mina inundada, y un rayo la estremece.

Madre, ya va a llegar: abramos el portón,
dame esa luz, yo quiero recibirlo
antes que mis hermanos. Déjame que le lleve un buen vaso de vino
para que se reponga, y me estreche en un beso,
y me clave las púas de su barba.

Ahí viene el hombre, ahí viene
embarrado, enrabiado contra la desventura, furioso
contra la explotación, muerto de hambre, allí viene
debajo de su poncho de Castilla.

Ah, minero inmortal, ésta es tu casa
de roble, que tú mismo construiste. Adelante:
te he venido a esperar, yo soy el séptimo
de tus hijos. No importa.





Por fin sé quién sacudió ayer
el agua del estero.

El Collín es verde, se tiñe
con las quilas y los yuyos.

Pasa rojo cuando trae nieve
y quema el hocico de los zorros.

Las diucas atraviesan la corriente
como temblorosos guijarros azules.

El río da una vuelta
y aprieta –como yo quisiera–
el vallecito donde está
la ruca de tu padre.

Tú te lavas allí donde la roca
pastorea sus lunares estériles.

Es cuando largas la trenza
que el río se sacude entero.



El volcán Llaima se cubría enteramente de nieve desde la boca humeante hasta las faldas boscosas. Los ríos se despeñaban furiosamente entre rocas, como pumas hambrientos y arrancaban de cuajo gigantescos pellines y canelos sagrados; pero más adelante moderaban su cólera entre colinas verdes, sembradas de trigo o de cebada, que allá por febrero o marzo, con los granos maduros, se convertirían en las que Pablo describió como “cuerpo de mujer blancas colinas...”.

Diego Muñoz



No he vuelto a Carahue,
 pero sé que allí está,
 en la legendaria frontera,
 en su estatura de ríos y de rayos,
 territorio de espesas selvas
 cabalgando brioso al mar.
 Me asomo a las ventanas de estos parajes
 y viene desde el sur aquel llamado
 de las pretéritas lluvias



y recuerdo que no he vuelto a Carahue,
 que siento cada día su secreto hechizo,
 es un fervoroso anhelo
 alcanzar los trenes que parten de mañana,
 recuperar el humo negro de las locomotoras,
 descender en las perdidas estaciones,
 intercambiar fanales con los guardavías

y entregar cartas a desconocidos destinatarios,
 decirle a todo el mundo
 que no he vuelto a Carahue,
 perdida comarca de mis sueños
 que reencuentro en cada palabra,
 en el silencioso trajín de la soledad
 que descalza se desliza
 en aquellas casas abrumadas
 por los amaneceres y sus duelos.







Labranza era la primera estación, Boroa y Ranquilco la seguían. Nombres con aroma de plantas salvajes, y a mí me cautivaban con sus sílabas. Siempre estos nombres araucanos significaban algo delicioso: miel escondida, lagunas o río cerca de un bosque, o monte con apellido de pájaro...

El tren daba sus pitazos más alegres, oscurecía el campo y la estación ferroviaria con inmensos penachos de humo de carbón, tintineaban las campanas, y se olía ya el curso ancho, celeste y tranquilo, del río Imperial que se acercaba al océano.

*T*emuco de la Frontera, dame tu tren llovido; / Carahue zozobran-
te, tus oxidadas hachas; / Villa Almagro lejano, tus abiertos diluvios; /



Boroa, las leyendas de tus vírgenes rubias; / Imperial, el tesoro de tus aguamaniles; / Budi de los suspiros, dame tu Augusto Winter.

Juvencio Valle





El Renaico, el Vergara, Tijeral, Roblería,
Las Viñas con Mininco de la mano
y el Inspector Fernández saludando en Ercilla,
Cullinco, Selva Oscura, Curacautín y Púa,
Pailahueque, Lautaro, Nueva Imperial, Gorbea,
el Llaima vigilante con su traje de novia,
en Capitán Pastene y en Purén las cocinas
hacen gemir los pinos y azulean el aire.







Bajo ese rostro pálido los bosques

Doblaron sus cálidas cabezas.

Los hombres en la noche

Hablaron de la lluvia, del vestido,

De la rosa de escarcha caída en la ventana,

De la niebla ceñida en aguas submarinas,

Del amigo ya muerto que se olvida.

Allá en la mano oculta de las sales,

Del ir y venir, de lo pasado presente,

De aquello que regresa en los laureles,

Del boldo que penetra sus entrañas heladas.

Miguel Arteche

Guardaban en el fondo de sus piedras
los anhelos de cada peregrino.

Pulidas por las bestias y la niebla,
si llovía reflejaban a la luna.

Inmutables, solas, protegiéndose
del campo con las casas de la orilla,
se estrechaban a sí mismas porque afuera
vigilaban emboscados los caminos.

46

Extendidas cual las hojas de un helecho,
leía en ellas tortuosos pasajes de la vida.
Cada bache, ciertas caries ya salvadas de su boca,
empalmaban con cualquiera de mis penas o alegrías.



Y ahora para las paredes,
para las ventanas y el suelo,
para el techo, para las sábanas,
para los platos y la mesa
tráiganme maderas oscuras
secretas como la montaña,
tablas claras y tablas rojas,
alerce, avellano, mañío,
laurel, raulí y ulmo fragante,
todo lo que fue creciendo
secretamente en la espesura,
lo que fue creciendo conmigo:
tienen mi edad esas maderas,
tuvimos las mismas raíces.

Pablo Neruda



Y aquellas

oscuras alamedas, empolvadas
por los vientos australes; y los frescos
follajes de culenes aromáticos,
caídos, dulcemente, sobre el río,
donde iban a beber por las mañanas
los bueyes campesinos, y a bañarse
por la tarde, los chicos de la escuela...

Diego Duble Urrutia



Lo que de veras amas no te será arrebatado.

Voy corriendo en el viento de mi niñez en ese Lebu* tormentoso, y oigo, tan claro, la palabra “relámpago”. – “Relámpago, relámpago”. Y voy volando en ella, y hasta me enciendo en ella todavía. Las toco, las huelo, las beso a las palabras, las descubro y son mías desde los seis y los siete años; mías como esa veta de carbón que resplandece viva en el patio de mi casa. Es el año 25 y recién aprendo a leer. Tarde, muy tarde. Tres meses veloces en el río del silabario. Pero las palabras arden: se me aparecen con un sonido más allá de todo sentido, con un fulgor y hasta con un peso especialísimo. ¿Me atreveré a pensar que en ese juego se me reveló, ya entonces, lo oscuro y germinante, el largo parentesco entre las cosas?

**Leufü:* torrente hondo, en mapuche original. Después, en español, Lebu, capital del viejo Arauco invencible como dijera Ercilla en sus octavas majestuosas. Puerto marítimo y fluvial, maderero, carbonífero y espontáneo en su grisú, con mito y roquerío suboceánico, de mineros y cráteres –mi padre duerme ahí–; de donde viene uno con el silencio aborigen.

Gonzalo Rojas





¡Oh! Me parece recordarlo todo...
Mi pueblo con sus calles coloniales
arboladas de acacias; las crujientes
carretas de los indios, arrastradas
por bueyes taciturnos; el misterio
de las tardes de Arauco, silenciosas,

cargadas de recuerdos y tristezas;
a lo lejos, surgiendo de la bruma,
los volcanes andinos; al poniente,
las cordilleras donde en otros tiempos
anidaron los aucas y los leones...
¡Todo postrado en oración!...



TRUENA SOBRE LOS PINOS

De arriba abajo, hiriendo los costados,
más que invasión fluvial, ciclón, diluvio,
una loca cascada se desata
con su límpida amarra primitiva.

Llueve de hosca manera. El pulso late
en un tambor guerrero, estremecido,
desorejando su impaciencia lúgubre
como un combate entre los tiesos indios.





Gota a gota
la lluvia se reúne
otra vez en la tierra.

Un solo trueno vuela
sobre el mar y los pinos,
un movimiento sordo:
un trueno opaco, oscuro,
son los muebles del cielo
que se arrastran.

De nube en nube caen
los pianos de la altura,
los armarios azules,
las sillas y las camas cristalinas.
Todo lo arrastra el viento.
Canta y cuenta la lluvia.

Las letras de agua caen
rompiendo las vocales
contra los techos. Todo
fue crónica perdida,
sonata dispersada gota a gota:
el corazón del agua y su escritura.
Terminó la tormenta.
Pero el silencio es otro.

Darí­a todo el oro del mundo
por sentir de nuevo en mi camisa
las frías monedas de la lluvia.

Por oír rodar el aro de alambre
en que un niño descalzo
lleva el sol a un puente.

Por ver aparecer
caballos y cometas
en los sitios vacíos de mi juventud.

Por oler otra vez
los buenos hijos de la harina
que oculta bajo su delantal la mesa.

Para gustar
la leche del alba
que va llenando los pozos olvidados.

Darí­a no sé cuánto
por descansar en la tierra
con las frías monedas de plata de la lluvia



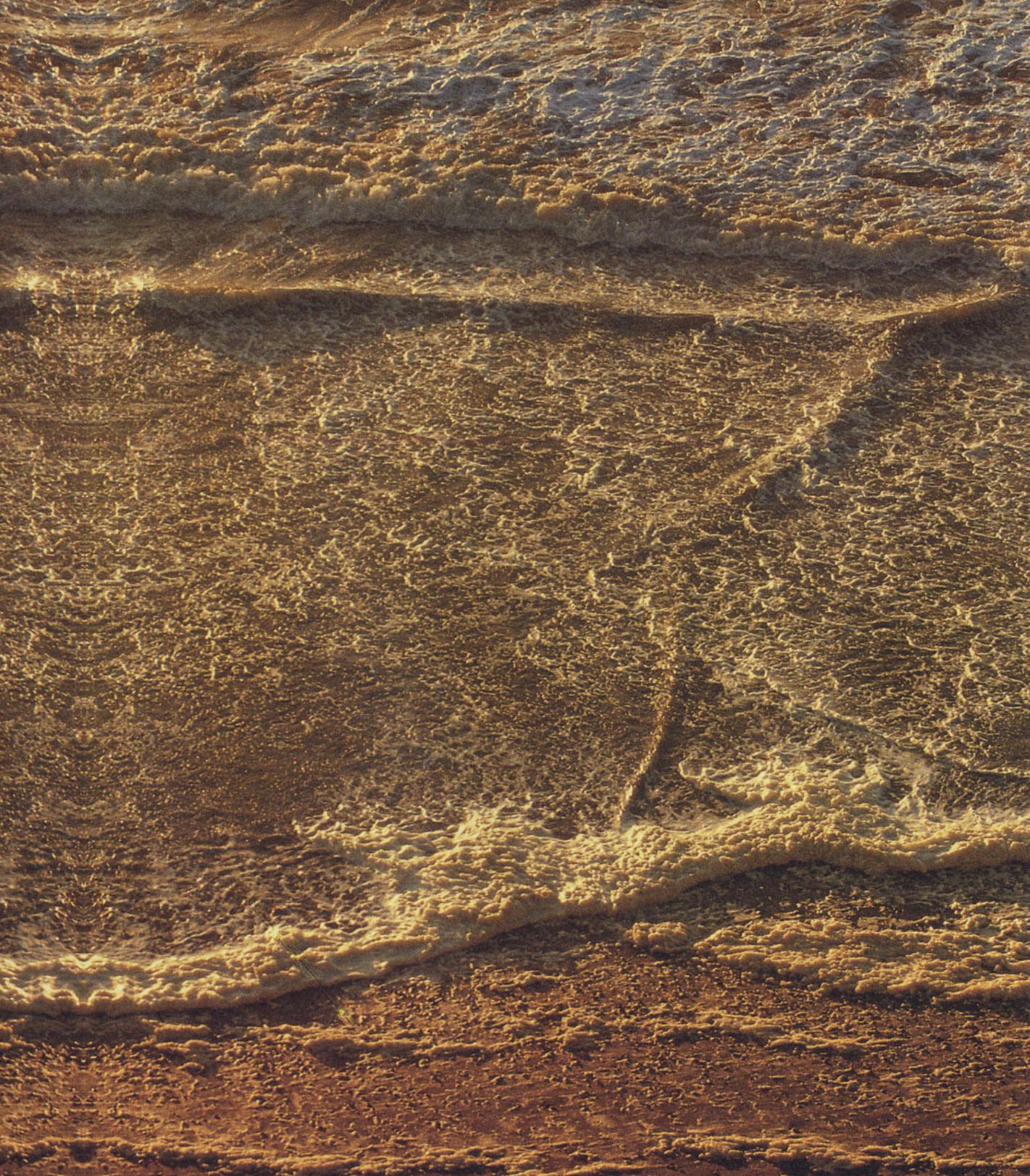




El alba debe irse acercando, aunque la obscuridad es siempre densa. Hace frío. En la atmósfera hay cien mil perlas de rocío que vacilarán al amanecer, deslumbradas con el beso del sol al borde de las hojas de los peumos y de los avellanos. En cada rama hay un trino dormido y en cada rincón de la umbría un signo de esperanza, un hálito de amor, un pedazo de vida, que ha dejado su ritmo acelerado de luz para encalmarse en un palpitar de suavidad dormida.







En la lejanía se oye un fragor enronquecido y tormentoso. Los dos campesinos conocen bien ese ruido. Saben que es el mar de Arauco que, también, canta sus leyendas de esmeralda, para escribirlas después sobre la costa con el encaje irisado de sus espumas.

El gran río del cielo
se ha dormido a mitad del camino
y en sus aguas se refrescan
las almas de mis antepasados
En el río del cielo se baña
la tierra;



en sus aguas claras,
aguas altas,
en una noche constelada, con luna,
o en una noche de frío.

El río se ha quedado dormido,
está descansando,
esperando las aguas de nuestras
almas.

El gran río del cielo duerme
y me espera.





Bajó como pétalos de flores

gota a gota

y cayó sobre mi cabeza

luego se escurrió

cerca de mi corazón

refrescando mis venas sedientas.



BOSQUE, DAME LAS LLAVES DE TU ESCONDIDO REINO

Bosque, dame las llaves de tu escondido reino;
fronda, tu vasto océano de delgadas harinas;
puelche, tu empuje frío, tu caracol sonoro;
río, tu cinturón de ceñir continentes;
noche, tus yunques fríos, tus herreros nocturnos;
cielo, tu permanente asamblea de pájaros...



Tierra, dame la fiesta de tus ardientes iris.

Topa-topa, tus oros; salvias, tus azulejos;

copihue legendario, tu purpurina veste;

chilco de los barrancos, tu faldellín morado;

michay de los linderos, tu tornasol celeste;

dondiegodelanoche, tu medallón morado.

Lingue, dame tu sombra suave como de aceite;

patagua, tu abrevadero de ángeles y pájaros;

laurel, tus hojas de oro para ceñir mi frente;

ulmo, tu colmenar de desbordadas mieles;

coigüe, tu paragüero de horizontales alas.

Araucaria orgullosa, dame tu alta columna;

roble, tu pecho áspero de gigante y atleta;

luma, tu acero heroico; quila, tus enramadas;

boldo, para mis males, tu virginal botica;

canelo, para mis dudas, tus altares abiertos.







Al pasar cruzo un bosque de helechos mucho más alto que mi persona: se me dejan caer en la cara sesenta lágrimas desde sus verdes ojos fríos, y detrás de mí quedan por mucho tiempo temblando sus abanicos... Un tronco podrido: ¡qué tesoro!... Hongos negros y azules le han dado orejas, rojas plantas parásitas lo han colmado de rubíes, otras plantas perezosas le han prestado sus barbas y brota, veloz, una culebra desde sus entrañas podridas, como una emanación, como que al tronco muerto se le escapara el alma.

En la altura, como gotas arteriales de la selva mágica se cimbran los copihues rojos (*Lapageria rosea*)... El copihue rojo es la flor de la sangre, el copihue blanco es la flor de la nieve... En un temblor de hojas atravesó el silencio la velocidad de un zorro, pero el silencio es la ley de estos follajes... Apenas el grito lejano de un animal confuso... La intersección penetrante de un pájaro escondido... El universo vegetal susurra apenas hasta que una tempestad ponga en acción toda la música terrestre. Quien no conoce el bosque chileno, no conoce este planeta.

De aquellas tierras, de aquel barro, de aquel silencio, he salido yo a andar, a cantar por el mundo.

El largo suspiro del copihue no se exhala al aire, cae hacia los follajes o a la tierra; en vez de erguirse, él se dobla con no sé qué dejadez india, a causa del pecíolo delgadísimo. La lacidad del copihue parece líquida; la enredadera gotea o lagrimea su flor.



Isla en la noche, duerme tu madera,
Estrella herida, grácil, en la lluvia.
Tocada por tu mano, besada por la espina,
Verde de lento vino levantado.

Vives adentro de las soledades,
Ni un solo amor resguarda tu presencia,
Un grito oscuro es tu garganta herida,
Tu herido rostro de hombre solitario,
Tu herida mano que penetra el aire.

Pobre sol en la noche, pobre harapo,
Por dentro ocultas savia delicada.
Madera de los dioses del destierro,
Un río dulce de ceniza verde
Lanzas hacia la tierra abandonada.

Miguel Arteche





Al verlo se comprende que sobre la montaña,
cual guarda de la raza, lo colocara Dios:
por eso le dio un tronco tan hirsuto y tan bravo
y armó sus recios ganchos con uñas de león.

Por eso todavía parecen por las tardes,
ante la vieja raza que duerme en el boscal,
sus rígidos ramajes, panoplias de venablos
teñidos con la sangre del gran Caupolicán.





Reina en el lago de los secretos tristeza suma
porque hoy no vienen sobre sus linfas a retozar,
como otras veces, los nobles cisnes de blanca pluma,
nota risueña que ya no alegra su soledad.

Si por ventura suelen algunos cisnes ausentes
volver, enfermos de la nostalgia, por contemplar
el lago amado de aguas tranquilas y transparentes,
lo hallan tan triste que alzando el vuelo no tornan más!



Yo no quiero que me atajen
sin que vea el río lento
que cuchichea dos sílabas
como quien fía secreto.
Dice Bío-Bío, y dícelo
en dos estremecimientos.
Me he de tender a beberlo
hasta que corra mis tuétanos...

Bío-Bío, espaldas anchas,
con hablas de Abel pequeño;
corres tierno, gris y blando,
por tierra que es duro reino.
Tal vez estás según Cristo,
en la tierra y en los cielos,
y volvemos a encontrarte
para beberte de nuevo.

Gabriela Mistral

«Palos secos erguidos a los ojos envuelto en poética tristeza. Palos secos, erguidos angustiosamente, con el vientre negro y hueco. Otros como leprosos agujereados, torcidos, en actitudes estrafalarias, como un ebrio vacilante de una vereda, o implorante como un hierático ruego».

Luis Durand







La mano del hombre ha cometido sacrilegios entrando como conquistador a sangre y fuego en la espesa maraña, quemando sin discriminación árboles milenarios y renovales de gran valor. Los brazos mutilados, a medio carbonizar, claman al cielo pidiendo misericordia; pero, como compensación, grandes extensiones de tierras se han convertido en praderas artificiales en donde crece con vigor el pasto verde y millares de animales las pueblan para matizarlas de flores vivientes.

Los aserraderos hacen chirriar sus grandes discos dentados con zumbido de chicharras veraniegas, parten el corazón de robles, raulíes, coigües y cipreses, y van transformando el bosque en inmensas rumas de tablas que luego viajan en todas direcciones en carros de bueyes, camiones y vagones de ferrocarril, cuando no eligen la vía fluvial en grandes barcazas tiradas por remolcadores, en los lagos; en balsas que realizan su viaje peligroso por ríos de fuerte corriente, dirigidas con maestría por rudos balseros.







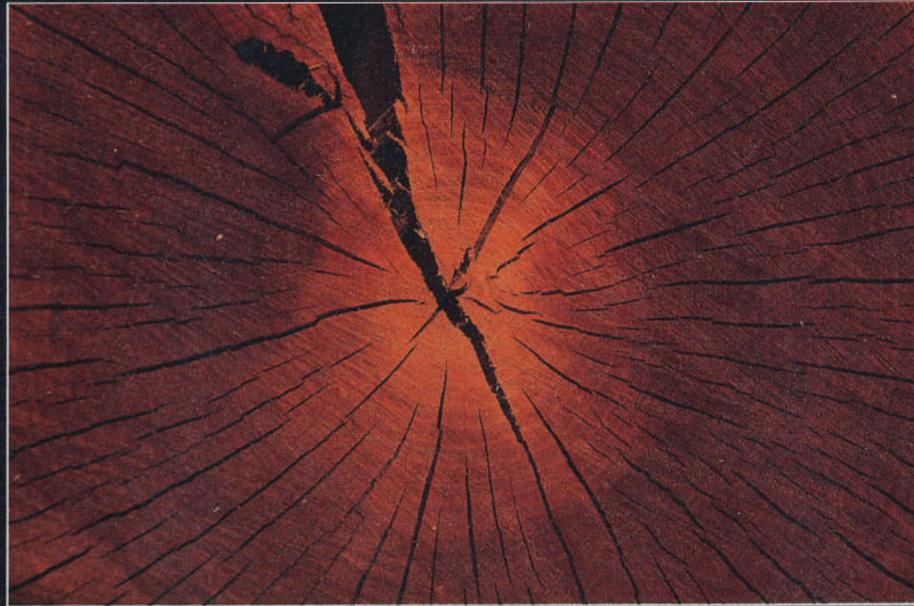
Lingues, avellanos, raulíes y olivillos,
se abrazaban en las paredes de la aldea.
Para que fuera fértil la cubría la lluvia
y el río le ceñía con azogue la cadera.

Vivían en el eje de un tesoro:
amigos, parientes, forasteros;
por las calles hablaban diariamente
con la dulce campana de la escuela.

Cuando se abra la puerta y entren
los fragmentos de la montaña
voy a respirar y tocar
lo que yo tal vez sigo siendo:

madera de los bosques fríos,
madera dura de Temuco,
y luego veré que el perfume
irá construyendo mi casa,
se levantarán las paredes
con los susurros que perdí,
con lo que pasaba en la selva,

y estaré contento de estar
rodeado por tanta pureza,
por tanto silencio que vuelve
a conversar con mi silencio.





DONDE COMIENZAN LAS DISTANCIAS

Viejo relato de la infancia
el sur me sigue
como un viento frío:
como un pez moribundo y palpitante
me alcanza por caminos
polvorientos y mudos.

El sur donde comienzan las distancias

y los trenes resbalan
entre noche y rocío
lanzando contra el cielo
el humo de las travesías
y haciendo del pitazo
el más ronco saludo de la aurora.

Trenes de los viajeros solitarios
que se juegan al naipe sus destinos.

Marino Muñoz Lagos









Salió el viento del mar

Lloverá lloverá gritan mis huesos
y los sembrados que parecen enfermos
cargan de ensueños los botes
que como nubes navegan

en el agua del cielo

Salió el viento del mar

y se han volcado

los botes sobre el Llaima

Lloverá, sí, dice el aroma

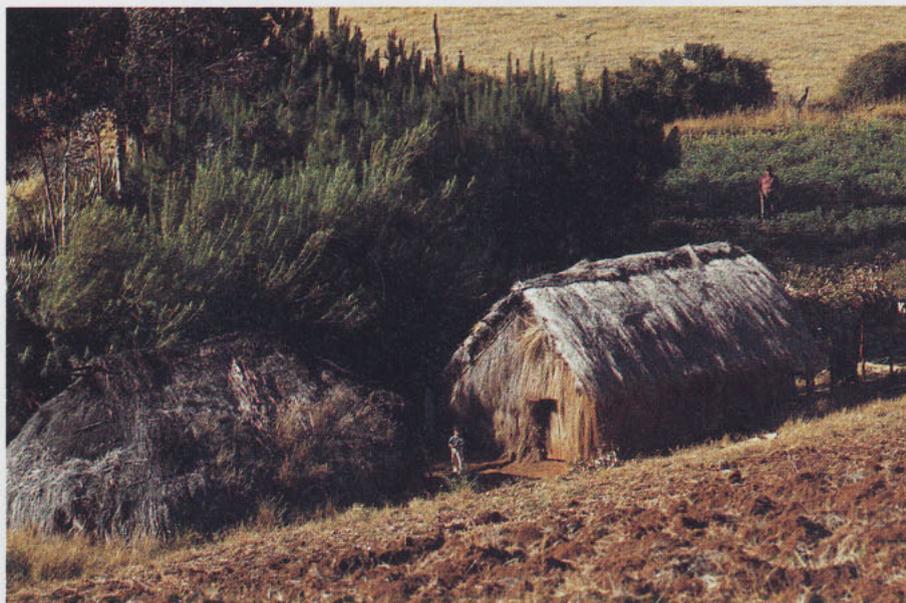
cerrando sus puertas en el bosque

Y veo la luz del cielo

que abre sus vertientes azules

y las espigas levantan sus cabezas

¡silban!, las oigo, jubilosas.



Por los caminos y sendas que embocan los bajos de Galvarino, cruje el carreteo indígena del alba a la noche. Las ruedas de macizo pellín vacilan en los baches, y el grito de los hombres –o el de la china que coge la garrocha mientras el marido dormita sobre los sacos– taja el aire de febrero. Las carretas chanchas van cargadas con sacos de trigo y gente de las rucas. Un rumor de fiesta cubre los caminos, donde nubes de polvo amarillento envuelven la marcha de los convoyes. Las anchas sendas de Lautaro y Traiguén, donde el ajeteo de las cosechas dejó hondos carriles y lomos adustos, las rutas que vienen desde las ricas vegas del Cholchol o arrancan de las entrañas de Nahuelbuta, tiemblan y penan bajo el salvaje galope de los pingos, espoleados por los mocetones mapuches. Una fiebre violenta los hostiga. Por todas partes, bajo el cielo añil, hombres y chinas ríen, hablan, chillan, el corazón, el pensamiento abierto al instinto brutal. El ruinoso caserío que se apretuja y apuntala contra las crecidas del Quillem los llena con la apasionada fuerza de la entraña. Desde que empiezan las cosechas, la aldea empotrada junto al río, en el sitio que antaño luciera el estacado del fuerte español, se ofrece excitante, querendona.





Trotaban los caballos levantando nubes de polvo que el sol de estío doraba, envolviendo en un nimbo la montaña resonante. Flameaban las mantas colorinas, los estoperoles de las monturas brillaban con destellos de plata, las prevenciones policromas se henchían con las vituallas apetitosas, tintineaban las enormes rodajas de las espuelas, restallaban bajo la cruda luz matinal las percalas rojas, verdes, amarillas, azules, de los trajes de las mujeres. Las chupallas de ancha ala sombreaban los rostros tostados por el sol, rostros de greda clara en que los ojos brillaban maliciosos y reían las bocas mostrando la deslumbrante blancura de los dientes. Frases picantes iban de uno a otro grupo, como saetas que trataran de hacer saltar al novio.

En ancas de los caballos, las mujeres se arrebolaban con la intención de las frases más picantes que el ají; algunas bajaban los ojos, creyéndose en el deber de fingir pudor, mas, de pronto, a otra frase, los abrían en la dilatación de un placer sensual que encendía su sangre.

Marta Brunet

Las viejas parecen labradas por el tiempo en troncos de árboles, grises de arrugas. Fuman cigarros de hoja y acrecientan su impasibilidad arrebujiándose en mantos negros. Es mañana de domingo, escandalosa de sol, pero ellas permanecen en su perpetua noche sabática. Los hombres van y vienen, cargan, descargan, trafican, truecan, regatean con lentas razones, porque las palabras les llegan del pasado y no alcanzan el ritmo del presente. Las espuelas les obligan a marchar en puntas de pies, con andares de gallos cuidadosos de no tropezar en sus excesivos espolones. Llevan trajes de diablo fuerte, perneras de cuero y tan pronto las mantas de castilla les apesadumbra con su noche, como los ponchos maulinos vociferan desde sus hombros todos sus colorinches.

Marta Brunet





El que tenía ganas comía harina tostada y tomaba

chicha.

Los mapuches se ayudaban entre sí cuando

empezaban un trabajo,

esto se llamaba “mingaco”.

La chicha se fabricaba para las fiestas:

guillatunes, torneos de

cueca, matrimonios, casas nuevas, entierros,

iniciaciones de machis,

y para que las almas de los muertos llevaran su

cocaví.

Cuando desperté a la razón vivía con mis padres

a orillas del mar,

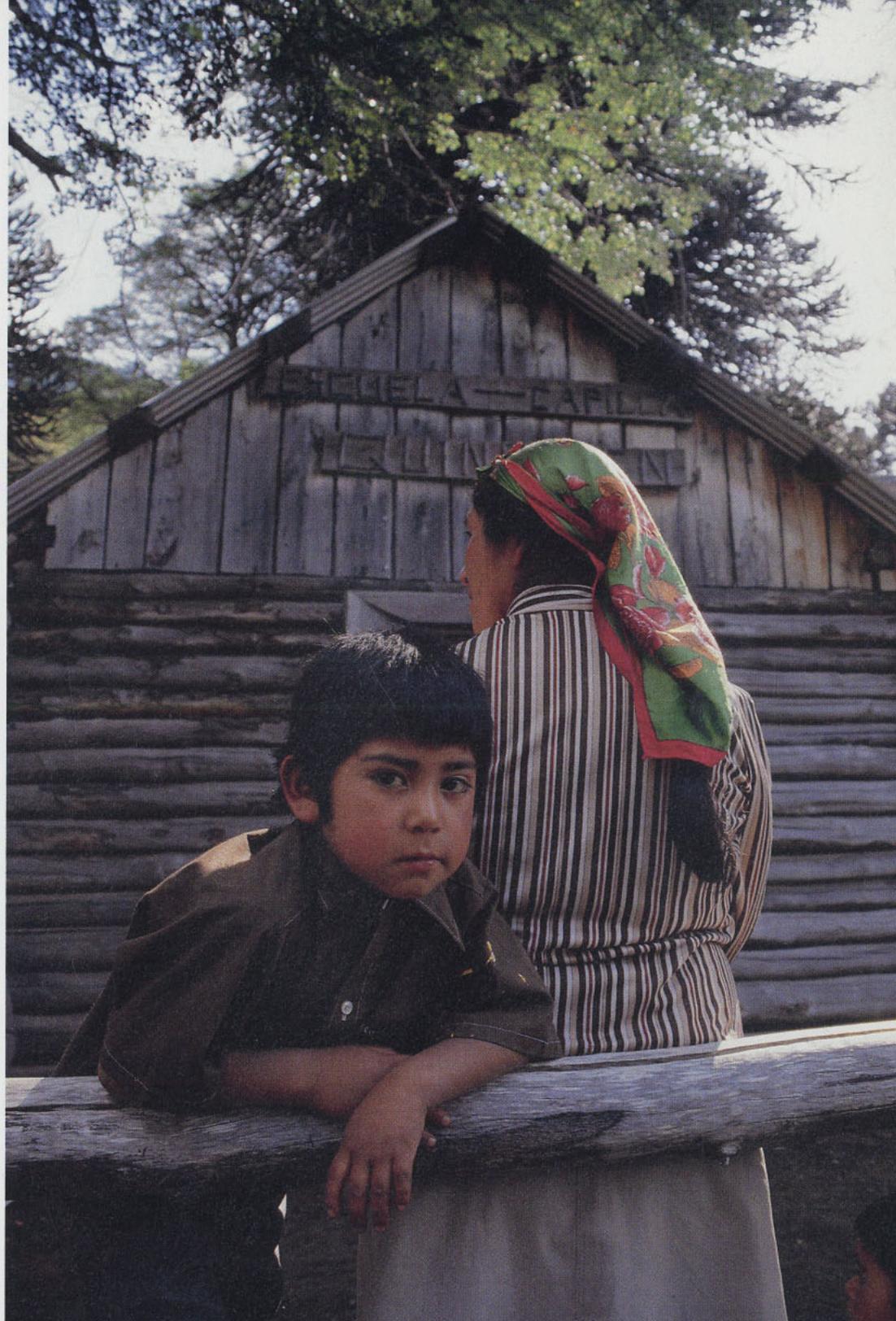
en Rauquenhue. Allí me crié.

Jugábamos a las habas apostando lazos, lamas,

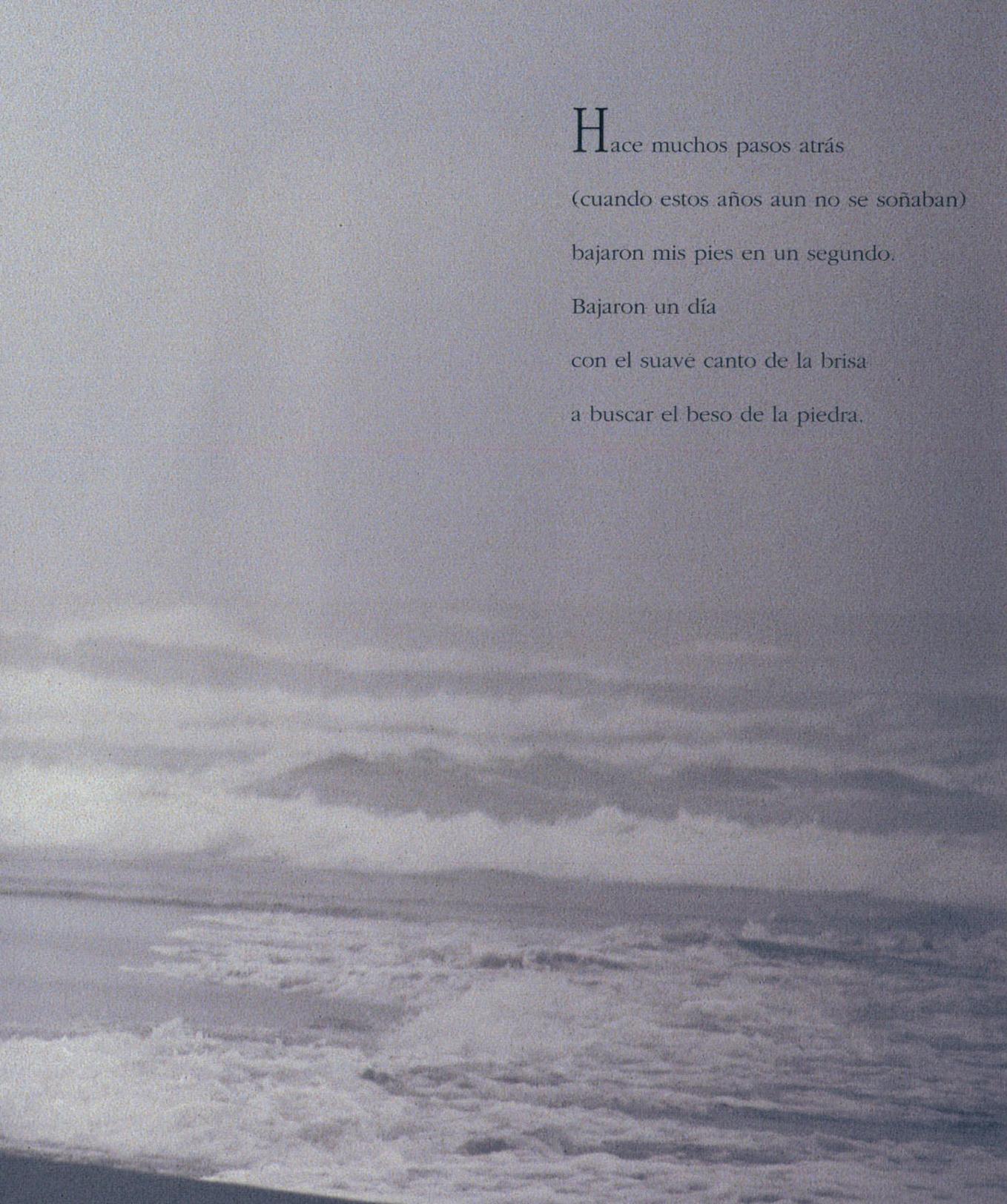
cuchillos,

Jugábamos a la chueca.

Jorge Teillier







Hace muchos pasos atrás
(cuando estos años aun no se soñaban)
bajaron mis pies en un segundo.
Bajaron un día
con el suave canto de la brisa
a buscar el beso de la piedra.

Cerca de la madre de las aguas
me miró la piedra en flor
y en el choque incesante de las olas
me abrazó su espíritu.

Acaricié entonces mi corazón
y encendí con fuego mi camino
para vigilar el sueño del sol
y el baile de las estrellas.

Mi risa es el sol del mediodía,
mis lágrimas las vertientes,
mi dormir es el descanso del amor
y mi despertar la vida de los peces.

Es así mi existir,
es así mi palabra
y las aguas me continúan cantando.

Leonel Lienlaf



El Mar de Arauco, el frío, duro mar de la costa brava golpea, se estremece
frente a la noche inmensa que dura como una ola
llega desde la sombra, desde la enorme, sola
tierra donde hasta el viento es un oscuro paso.
Es el límite ahí entre el bosque y la estada
de los sueños, el frío
crecimiento, la espera.
Lo que está, sí, lo húmedo.
Es el oscuro viento.





Nada más tétrico que esa desolada llanura, reseca y polvorienta, sembrada de pequeños montículos de arena tan gruesa y pesada que los vientos arrastraban difícilmente a través del suelo desnudo, ávido de humedad.

En una pequeña elevación del terreno alzábanse la cabria, las chimeneas y los ahumados galpones de la mina. El caserío de los mineros estaba situado a la derecha en una pequeña hondonada...

Un calor sofocante subía de la tierra calcinada, y el polvo de carbón sutil e impalpable adheríase a los rostros sudorosos de los obreros que apoyados en sus carretillas saboreaban en silencio el breve descanso que aquella maniobra les deparaba.

Tras los golpes reglamentarios, las grandes poleas en lo alto de la cabria empezaron a girar con lentitud, deslizándose por sus ranuras los delgados hilos de metal que iba enrollando en el gran tambor, carrete gigantesco, la potente máquina. Pasaron algunos instantes y de pronto una masa oscura chorreando agua surgió rápida del negro pozo y se detuvo a algunos metros por encima del brocal. Suspendido en una red de gruesas cuerdas sujeta debajo de la jaula, balanceábase sobre el abismo, con las patas abiertas y tiesas, un caballo negro.

Baldomero Lillo

El viejo tomó de la mano al pequeño y juntos se internaron en el negro túnel. Eran de los primeros en llegar y el movimiento de la mina no empezaba aún. De la galería bastante alta para permitir al minero erguir su elevada talla, sólo se distinguía parte de la techumbre cruzada por gruesos maderos. Las paredes laterales permanecían invisibles en la oscuridad profunda que llenaba la vasta y lóbrega excavación.

A cuarenta metros del pique se detuvieron ante una especie de gruta excavada en la roca. Del techo agrietado, de color de hollín, colgaba un candil de hoja de lata cuyo macilento resplandor daba a la estancia la apariencia de una cripta enlutada y llena de sombras. En el fondo, sentado delante de una mesa, un hombre pequeño, ya entrado en años, hacía anotaciones en un enorme registro. Su negro traje hacía resaltar la palidez del rostro surcado por profundas arrugas. Al ruido de pasos levantó la cabeza y fijó una mirada interrogadora en el viejo minero, quien avanzó con timidez, diciendo con voz llena de sumisión y de respeto: —Señor, aquí traigo el chico.

Baldomero Lillo



Quiero romper la tierra con mi arado de palo.

Y sembrar en las melgas mis palabras sencillas.

Quiero trazar la recta de mis propios anhelos.

Y buscar simetría en las horas pasadas.

Quiero tejer las hebras de las blancas espumas.

Y tenderme en las felpas de una alfombra marina.

Mi corazón de choapino, está hecho de voqui.

Y mi sangre, en las venas, rompe las compuertas.

El cultrún pesimista, lentamente, se aleja.

Y en sus notas emergen, angustias añejas.

Tengo la certeza de haber visto a la luna.

Inhalando el canelo o durmiendo en la ruca.

La trutruca rebelde vierte su quejumbre.

Tatuada de infamia y desprecio sin nombre.

Quiero romper la tierra con mi arado de palo.

Y tenderme en el surco de mis viejos anhelos.





A buen puerto hemos llegado
navegantes
la noche un largo mar termina
en esta playa de limones.

Besemos los erizos
tacas piures choras cholgas
besemos
sin arrepentirnos de nada

porque hay que bautizar la mañana
con un vaso de vino hay que bautizar
la mañana
para que no caiga hecha pedazos
como un cristal de escarcha
la mañana frágil
como una pelusa de aroma

ha de crecer en esta mesa
junto a nosotros
los sobrevivientes de la noche.

Guido Eytel



Digo ¡Salud! Y en el mantel surgen
 los bosques
 y en la cuchara que a mi boca sube
 hay un volcán que humea suavemente.
 Yo voy viajando en otros años,
 en un tren ennegrecido por el humo
 de un cigarro. Llevo destino
 porque sé que en el andén
 alguien me espera.



Yo voy viajando y he aquí
 que al avistarse las luces de mi pueblo,
 las palmadas en la espalda
 me devuelven a los gestos y al choque
 de los vasos en el aire,

y al mirar casualmente a la ventana
 observo unas pupilas
 donde existe desarraigo,
 mírolas bien y al hacerlo
 me doy cuenta que son mías.



INDICE DE TEXTOS Y AUTORES

INTRODUCCION

9, 11: Alonso de Ercilla. En: *La Araucana*. Madrid, Antonio de Sancha, 1776.

POR DIOS COMO DIXE ERAN TENIDOS

13: Alonso de Ercilla, Op. cit.

14: Pedro de Oña. En: *Arauco Domado*. Santiago, Imprenta Universitaria, 1917.

15: Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. En: *Cautiverio Feliz*. Santiago, Editorial Universitaria, 1987.

-Diego de Rosales. En: *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1989.

16: Alonso González de Nájera. En: *Desengaño y Reparación de la Guerra del Reino de Chile*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1971.

18, 19: Alonso de Ovalle. En: *Histórica Relación del Reino de Chile*. Santiago, Imprenta Ercilla, 1888.

20, 21: Diego de Rosales, Op. cit.

22: Fernando Santiván. "Los ríos y las montañas". En: Nicomedes Guzmán. *Autorretrato de Chile*. Santiago, Editorial Zig-Zag, 1957.

-Miguel de Olivares. *Historia Civil, Militar y Sagrada de Chile*. Santiago, Imprenta Ercilla, 1864.

22, 23: Diego de Rosales, Op. cit.

23: Luis Durand. En: *Frontera*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1981.

-Gustave Verniory. En: *Diez años en Araucanía 1889-1899*. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1975.

24: Albert Meyer. En: *Historia de la Colonización de Contulmo*. Contulmo, 1984.

-Juan Contreras Batarce y Gino Venturelli Abad. En: *Nueva Italia, un ensayo de colonización italiana en la Araucanía, 1903-1906*. Temuco, Ediciones Universidad de La Frontera, 1988.

25: Alfonso Calderón. *Hernán Trizano*. Texto inédito.

-Luis Durand, Op. cit.

MI PUEBLO ES TAN PEQUEÑO

BAJO LA LLUVIA INMENSA

27: Carlos Godoy Silva. "Pueblo bajo la lluvia". En: *Trilogía Poética de la Araucanía*. Temuco, Ediciones Cielos del Sur, 1984.

29: Juvencio Valle. "Chile del Sur". En: *Nimbo de piedra*. Santiago, Editorial Cruz del Sur, 1941.

31: Gonzalo Rojas "Carbón". En: *Del relámpago*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

33: Luis Vulliamy. "Mari Küla". En: *Los rayos no caen sobre la yerba*. Santiago, Editorial Nascimento, 1963.

35: Diego Muñoz. En: *Las tres etapas de la lírica nerudiana*. Santiago, Ediciones Lastarria, 1979.

36: Eugenio García-Díaz. "No he vuelto a Carahue". En: *Lugares de la ternura*. Santiago, Ediciones La Posada de la Poesía, 1982.

39: Pablo Neruda. En: *Confieso que he vivido*. Santiago, Planeta, 1988.

40, 41: Juvencio Valle. "El hijo del guardabosque". En: *El hijo del guardabosque*. Santiago, Editorial Nascimento, 1969.

42: Raúl Mellado Castro. En: *Tren del Sur y otros poemas*. Santiago, Editorial Claridad Impresores Soc. Ltda., 1989.

45: Miguel Arteche. "Noche en el sur". En: *El sur dormido*. Santiago, Ediciones de Librería Neira, 1950.

46: Luis Vulliamy. "Calles". En: *La oscura luminaria*. Santiago, Ediciones del Litoral, 1964.

47: Pablo Neruda. "Carta para que me manden madera". En: *Obras Completas*. Buenos Aires, Editorial Losada S.A., 1968.

48: Diego Dublé Urrutia. "El recuerdo". En: *Fontana cándida*. Santiago, Editorial Nascimento, 1953.

49: Gonzalo Rojas. "Ars poética en pobre prosa". En: *Oscuro*. Caracas, Monte Avila, 1977.

50: Diego Dublé Urrutia. "El recuerdo". Op. cit.

TRUENA SOBRE LOS PINOS

53: Jorge Jobet. "Invierno en Temuco". En: *Naturaleza del ser*. Santiago, Editorial Nascimento, 1959.

55: Pablo Neruda. "Tempestad con silencio". Op. cit.

56: Jorge Teillier. "Daría todo el oro del mundo". En: *Muertes y maravillas*. Santiago, Editorial Universitaria, 1971.

58, 59: Luis Durand. "El Reni". En: *Tierra de Pellines*. Santiago, Imprenta Nascimento, 1929.

62: Leonel Lienlaf. "El río del cielo". En: *Se ha despertado el ave de mi corazón*. Santiago, Editorial Universitaria, 1989.

64: Leonel Lienlaf. "Lluvia". Op. cit.

BOSQUE DAME LAS LLAVES

DE TU ESCONDIDO REINO

67: Juvencio Valle. "El hijo del guardabosque". Op. cit.

71: Pablo Neruda. En: *Confieso que he vivido*. Op. cit.

72: Gabriela Mistral. "Recado sobre el copihue chileno". En: *Recados contando a Chile*. Santiago, Editorial del Pacífico S.A., 1957.

73: Miguel Arteche. "Mañío". Op. cit.

74: Samuel A. Lillo. "El pehuén". En: *Bajo la cruz del sur*. Santiago, Editorial Nascimento, 1926.

76: Augusto Winter. "La fuga de los cisnes". En: *Poesías*. Temuco, Imprenta y Encuadernación Ceres, 1927.

77: Gabriela Mistral. "Bío-Bío". En: *Poesías Completas*. España, Ediciones Aguilar, 1976.

78: Luis Durand. En: *Mercedes Urizar*. Santiago, Editorial Nascimento, 1946.

80: Fernando Santiván. "Los ríos y las montañas". Op. cit.

83: Luis Vulliamy. "El último paso". Op. cit.

84: Pablo Neruda. "Carta para que me manden madera". Op. cit.

DONDE COMIENZAN LAS DISTANCIAS

87, 88: Marino Muñoz Lagos. "Donde comienzan las distancias". En: *Los rostros de la lluvia*. Punta Arenas, 1970.

91: Elicura Chihuailaf. "Señales en la tierra de arriba". En: *El invierno, su imagen y otros poemas azules*. Ediciones Literatura Alternativa, 1991.

92: Lautaro Yankas. "Galvarino". En: *El vado de la noche*. Santiago, Editorial Zig-Zag, 1963.

94: Marta Brunet. En: *Bestia dañina*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1965.

-Marta Brunet. En: *Humo hacia el sur*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1946.

97: Jorge Teillier. "Pascual Coña recuerda". En: *Para un pueblo fantasma*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1978.

99: Leonel Lienlaf. "El sueño de Mañkean". Op. cit.

100: Pablo Guíñez. "Mar de Arauco". En: *Fundación de las aguas*. Ediciones del Grupo Fuego de la Poesía, 1973.

103: Baldomero Lillo. "Los inválidos". En: *Obras completas*. Santiago, Editorial Nascimento, 1968.

-Baldomero Lillo. "La compuerta N°12". Op. cit.

104: Sebastián Queupul Quintremil. "El arado de palo". En: *En Viaje N° 362*, Santiago, diciembre de 1963.

107: Guido Eytel. *Desayuno en el mercado*. Texto inédito.

108: José María Memet. "Año Nuevo". En: *Los gestos de otra vida*. Con Verlag Bremen, Alemania, 1984.

Simbología utilizada en los textos:

(...) quiere decir, corte en un mismo párrafo.

... quiere decir, corte al final de un párrafo.

INDICE DE ILUSTRACIONES Y AUTORES

Sobrecubierta: «Altísimas araucarias crecen en las riberas del Lago Chico». Pablo Valenzuela. Inserta: «Mujer mapuche». Osvaldo Briceño.

INTRODUCCION

9: «Parque Huerquehue». Jhon Carruana.
10, 11: «Araucarias en Huerquehue, IX Región». Pablo Valenzuela.

POR DIOSES COMO DIXE ERAN TENIDOS

14, 15: «Levantó la cerviz el nunca domado y mal sufrido araucano, y sacudiendo el yugo que apenas le había puesto el español, se volvió contra él...». Grabado. En: Alonso de Ovalle. *Historia Relación del Reyno de Chile*. Roma 1646. Sala Medina.*
16: «Plaza de Arauco, 1741». Cartografía. *
17: «Fort von Tvun Leuvu in Chile. 1829». En: E. Poeppig. *Reise in Chile, Perú und auf dem Amazonenstrom*. Atlas. Leipzig, 1835.*
18: «Isla de la Laja, 1767 (?)». Territorio entre el vértice de unión del Laja con el Biobío — San Rosendo— hasta la cordillera nevada.*
19: «Lautaro frente al ejército». En: Alonso de Ercilla. *La Araucana*, Poema. Madrid, 1852.*
20: «The araucanian baby dinner hour / Hora del amamantamiento nocturno del recién nacido araucano». En: Marie Robinson Wright. *The Republic of Chile*. Londres, 1905.
21: «Araucanian hair dressing / El peinado de las araucanas», «A happy araucanian family / Feliz familia araucana». En: M. Robinson W. Op. cit. «Grupo familiar mapuche frente a su vivienda». En: *Los Primeros Americanos y sus Descendientes*, Colección Biblioteca Antártica. Editorial Antártica, Santiago, 1988.
22: «Pino chileno» Grabado. En: Ignacio Molina *Compendio della Storia Geografica, Naturale e Civile del Regno del Chile, Bologna, 1776*. *
23: «Le pont de chemin de fer de sud a Malleco/ Viaducto del Malleco inaugurado en 1890».

Grabado. En: *Republique de Chili* de F. A. Brockhaus, 1903. Archivo Antártica.
24: «Inauguración del Colegio Alemán de Contulmo, 21-8-1903». En: Meyer, Albert. *Historia de la Colonización de Contulmo*. 1910. «Washer women at work in the outskirts of Temuco / Mujeres lavando en las afueras de Temuco». En: Marie Robinson Wright. Op. cit.
25: «Incline from head of number 2. Shaft, Arauco Mine / Establecimientos carboníferos en Arauco». Dibujo de Melton Prior. En *The Illustrated London News*. 17 de agosto de 1889. Archivo Antártica.

MI PUEBLO ES TAN PEQUEÑO

BAJO LA LLUVIA INMENSA
28: «Riberas del Lago Budi». Bión González.
29: «Reducto mapuche en las cercanías de Temuco». Bión González.
30: «Malalcahuello». Bión González.
32: «Garzas al vuelo». Bión González.
33: «Nevada en Alto Biobío». Bión González.
34: «Caída de agua». Andrés Contreras.
35: «El Llaima en erupción». Andrés Figueroa.
36: «Estación Lonquimay. Coche de primera clase del Tren de la Araucanía». Enrique Rivera.
37: «Atardecer en Gorbea». Enrique Rivera.
38: «Manzanar». Enrique Rivera.
40: «Carahue y el río Imperial». Mario Infante.
42: «Melipeuco Alto». Bión González.
43: «Lonquimay. Los Coigües». Enrique Rivera.
44, 45: «Puerto Saavedra». Patricio Baeza.
46: «Pueblo Yungay». Juan Mezza Lopehandía.
47: «Carahue». Patricio Baeza.
48: «Alrededores de Temuco». Bión González.
49: «El sol se refleja en la madera». Bión González.
50: «Descanso en Carahue». Patricio Baeza.
51: «Calle con nativos notros». Alex Huber.

TRUENA SOBRE LOS PINOS

54: «Tormenta sobre araucarias en la cordillera de Nahuelbuta». Bión González.

55: «*Araucaria araucana*». Andrés Contreras.
56: «Llueve sobre las aguas del Budi». Bión González.
57: «Espectaculares *Nothofagus* en otoño. Parque Nacional Conguillío». Mario Infante.
58: «Diminutas hojas de coigüe aprisionadas por el hielo». Pedro Aros Ansieta.
59: «Bosque nativo». Patricio Baeza.
60, 61: «Jinetes cabalgando en el litoral de la Barra del Lago Budi». Bión González.
62: «Embarcación mapuche en tronco tallado. Lago Budi». Bión González.
63: «Pantano en Nahuelbuta». Mario Infante.
64: «Flor de ulmo». Mario Infante.
65: «Laguna Captrén». Mario Infante.

BOSQUE DAME LAS LLAVES DE TU ESCONDIDO REINO

68: «Nuco». Nicolás Piwonka.
69: «Sotobosque». Nicolás Piwonka.
70: «Cajón del río Pangué». Pablo Valenzuela.
71: «Hongos y Nalcas». Nicolás Piwonka.
72: «Copihue». Pedro Aros Ansieta.
73: «Lago Conguillío». Bión González.
74: «Interior del bosque en la cuesta *Las Raíces*. Malalcahuello». Bión González.
75: «Araucarias en el Parque Nacional Malalcahuello. Lonquimay». Bión González.
76: «Cisnes coscoroba». Nicolás Piwonka.
77: «Alto Biobío cerca de Ralco». Mario Infante.
78, 79: «Laguna Captrén». Jhon Carruana.
80: «Realizando la labor de transportar la madera en balsa hasta los aserraderos. Desembocadura del Lago Budi». Pilar Cereceda.
81: «Tala de bosque nativo en la zona del lago Lleulleu». Nicolás Piwonka.
82, 83: «Hermoso colorido otoñal del bosque de lengas en otoño». Pablo Valenzuela.
84: «Tocón de tronco nativo» Pablo Valenzuela.
85: «Araucarias al atardecer, en el Parque Nacional Los Paraguas». Pedro Aros Ansieta.

DONDE COMIENZAN LAS DISTANCIAS
88, 89: «Travesía en tren de pasajeros sobre el viaducto del Malleco». Enrique Rivera.
90, 91: «Trigales». Bión González.
92: «Ruca en zona del Budi». Mario Infante.
93: «Cauñicu. Alto Biobío». Osvaldo Briceño.
94: «Mapuche». Osvaldo Briceño.
95: «Ceremonia mapuche». Osvaldo Briceño.
96: «Chueca». Jorge Acuña.
97: «Quinquén: Escuela-Capilla». Patricio Baeza.
98, 99: «Junto al mar, al norte de Gualpín». Patricio Baeza.
100: «Capeando la tormenta». Nicolás Piwonka.
101: «Mar de Arauco». Nicolás Piwonka.
102: «Lota». Horst won Irmer.
104: «Luego del destronque de bosque nativo, cultivos y erosión». Juan Domingo Marinello.
105: «Alrededores de Temuco» Bión González.
106: «Imponentes roqueríos en la desembocadura del Biobío al mar». Pedro Aros Ansieta.
108: «Desde el coche comedor, la Estación Malalcahuello». Enrique Rivera.
109: «La inauguración del puente sobre el río Biobío abrió definitivamente las puertas de la «Frontera», sacando del aislamiento a sus pobladores, significando progreso en las comunicaciones y el transporte para la zona de Concepción. Se terminó de construir en 1889 y con sus 2.350 metros es el puente más largo de Chile». Enrique Rivera.
112: «Vestigios de lo altos muros del antiguo *Fuerte Nacimiento*, fundado por Alonso de Rivera el 24 de diciembre de 1604, en las juntas del Biobío con el Vergara, cuatro leguas río arriba de San Rosendo». Valeria Maino.

Ilustración de la guarda. En: Molina, Ignacio. *Compendio della Storia Geografica, Naturale, e Civile del Regno del Chile*. Bologna, 1776. *

* En: Sala Medina, Biblioteca Nacional.



Se terminó de imprimir
esta edición de 5.000 ejemplares
en el mes de noviembre de 1995:
3.000 ejemplares
de propiedad del Banco del Estado y la
Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos;
2.000 ejemplares
para la distribución en librerías
bajo el sello de Editorial Antártica S.A.

SANTIAGO DE CHILE



EDITORIAL ANTARTICA